

## Presentación

El misterio del bien y del mal atenaza toda vida humana. Todos debemos cargar con su peso o con su bendición. No es posible una existencia en la que el factor ético no esté presente. Se trataría de una vida inhumana o, más bien, a-humana, ya que cualquiera de nosotros, de un modo u otro, debe dar respuesta a la cuestión del bien y del mal. Por eso, la reflexión ética ha estado activa desde los principios de la humanidad y desde los principios de la filosofía; lo está ahora y lo seguirá estando en los siglos venideros ya que todo hombre o mujer, culto o ignorante, joven o anciano, rico o menesteroso se pregunta acerca del sentido de su vida en el que la experiencia del bien y del mal desempeña un papel determinante. De ahí que los estudios éticos nunca dejen ni puedan dejar de tener actualidad, ya que cada generación vuelve a preguntarse, desde su peculiar posición en la historia, sobre el sentido y significado del bien y del mal. No debe extrañar, por tanto, que se multipliquen los análisis sectoriales –ética social, bioética, ética económica, ética sexual, ética profesional y deontológica– así como los que buscan ofrecer una justificación comprensiva de las bases esenciales de la ética. Este es uno de ellos.

Alguien podría cuestionar la utilidad de estos escritos porque, como dijera con sabiduría Maritain, “la gente no ha esperado a la filosofía para tener una moral”. La filosofía parece llegar siempre tarde, decidida a sentar cátedra sobre lo que ya ha sucedido mientras están en marcha los nuevos cambios. Pero la realidad es algo diversa. En el sucederse cotidiano, filosofía y vida se entrelazan de manera inseparable, incluso en nuestro mundo contemporáneo, tan visual y sentimental. Nuestras percepciones, intuiciones, sentimientos y creencias son el resultado de una compleja interacción entre nuestras ideas y las visiones que

el mundo nos ofrece, propone o impone. Nuestra visión personal se forja en dependencia de los relatos sociales. Y estos, a su vez, se construyen partiendo de teorías y constructos interpretativos que surgen al amparo de filosofías o sistemas de pensamiento, explícitos o implícitos. Por ello, aunque, en verdad, la gente no ha esperado a la filosofía para tener una moral, puede acabar necesitándola para consolidar sus propias convicciones o para cuestionarlas críticamente si lo estima oportuno. El enfrentamiento del hombre con la razón es inevitable, y de ahí la persistencia de la reflexión ética. En este marco se asienta esta obra sobre los fundamentos de la moral: la ineludible necesidad de disponer de una presentación y justificación global de los principios éticos.

Pero hay más. Las éticas que existen y han existido a lo largo de la historia han partido de principios múltiples y diversos, con resultados también dispares. Al fin y al cabo, hay tantas éticas como filosofía, siendo la ética, filosofía. Pero pocas, o prácticamente ninguna, lo han hecho *partiendo de la noción de persona*, es decir, teniendo a este término privilegiado *como clave arquitectónica fundamental*. Algunas, en verdad, han empleado el término, como las de Agustín, Tomás de Aquino o Kant, pero de manera tangencial y, desde luego, no arquitectónica. No lo han hecho —no han podido hacerlo— porque su antropología tampoco había adoptado esta perspectiva, y, si se usa solo de manera secundaria la noción de persona en la antropología, es imposible que pueda constituir la noción primera en la ética.

Solo el personalismo ha superado este límite. Primero en la antropología. Y, después, en la ética, que se ha constituido de este modo como una ética de la persona. Esta original perspectiva ha insertado una generosa dosis de savia fresca en la reflexión ética de corte realista, pero ha dejado pendiente una importante tarea: la sistematización o, si se prefiere, una presentación general de la ética que asuma el riesgo de la completitud y el reto de la interrelación conceptual de las complejas y diversas nociones éticas. El ensayo ético personalista, numeroso y sugerente, se acerca a las múltiples facetas de lo personal, iluminándolas y esclareciéndolas. Pero, sin una estructura estable en la que insertarse, la que proporciona el tratado justamente, esa iluminación puede resultar insatisfactoria y, a la postre, estéril: un conjunto de fuegos de artificio que, una vez apagados, dejan tan solo un buen recuerdo al no haber podido alimentar un fuego preexistente y poderoso.

Que sepamos, solo Von Hildebrand (y, de manera más difusa, Guardini), ha acometido un estudio global de ética personalista. Von Hildebrand ofrece un

estudio notable, fruto de su perspicacia analítica y de su capacidad teórica ejecutado desde su personal posición axiológica, es decir, tomando el valor objetivo como punto de partida. Y este modo de proceder, junto a resultados maravillosos conlleva también algunos problemas estructurales de difícil resolución. Por eso, consideramos necesario nuestro trabajo. No solo para potenciar un sano pluralismo personalista al ofrecer una sistematización diferente, sino porque deseamos construir una ética que surja *desde la persona* y no desde el valor, aunque luego estos conceptos se hermanen y converjan. Para ello, hemos recurrido, como en otras investigaciones previas, al personalismo de Wojtyła y, en particular, a sus escritos éticos cuyo origen se sitúa en la persona y en su experiencia ética, y no en el valor. Desafortunadamente, no existe un *Persona y acción* “ético”, es decir, una visión global de su ética. Wojtyła ofrece numerosas indicaciones en sus variadas publicaciones éticas, pero no existe un escrito que las integre. Esta tarea pendiente es la que hemos acometido en esta obra.

Esto significa, en concreto, que esta obra se inspira en los escritos éticos de Wojtyła, pero se trata de una propuesta personal que se configura como la propuesta ética del personalismo integral, la corriente personalista que promuevo desde hace algunos años<sup>1</sup>. El desarrollo de esa línea de pensamiento ha generado ya una antropología (*Antropología: una guía de la existencia*, que se suma a *Persona y acción*), una epistemología (*La fuente originaria*), una visión de la metafísica (*Personalismo y metafísica*) y una teoría del personalismo (*Introducción al personalismo*). Con esta obra enriquecemos este proyecto con una ética fundamental, dotándolo ya de una madurez significativa, si bien la tarea que queda pendiente es enorme y, probablemente, inacabable.

Nada de esto, sin embargo, debe ocupar o preocupar al lector de estas páginas puesto que el libro es autoconsistente y puede comprenderse por sí mismo independientemente de otras publicaciones o de cuestiones de escuela. Es, en concreto, una reflexión sobre los fundamentos de la ética basado en dos principios centrales: la experiencia (integral) y la persona. La ética –primera tesis fundamental– se nos da en la experiencia universal del bien y del mal. Pero esa experiencia, segundo punto, es una experiencia personal, es decir, es la experiencia de un hombre que es persona. Sobre estos dos parámetros se asienta la completa construcción de este escrito que camina desde la experiencia del bien y del

1. Cfr. J. M. Burgos, *¿Qué es el personalismo integral?*, “Quién” 10 (2020), pp. 9-37.

mal, hacia la profundización en el dinamismo ético de la persona, para concluir, después de un recorrido esforzado, en el *ordo amoris* como plenitud del camino ético.

Finalizo con un breve párrafo exculpatorio. Muchas afirmaciones se realizan en este relativamente largo escrito, pues la dificultad de los tratados —a diferencia del ensayo— estriba en que no se pueden esquivar o ignorar los temas antipáticos, menos conocidos o particularmente difíciles. Lo prohíbe la necesaria completitud del proyecto. Por ello, es factible o incluso probable que en este o aquel punto el lector encuentra limitaciones o carencias. Pedimos disculpas de antemano, esperando, de todos modos, que encuentre también una dosis razonable de iluminación y sentido que le facilite la comprensión de sí mismo y de su itinerario existencial. Sería una recompensa más que satisfactoria para el esfuerzo de una sedimentada reflexión de años.